
Introducción

Nous voulons, tant ce feu nous brûle
le cerveau, Plonger au fond du gouffre,
Enfer ou Ciel, qu'importe? Au fond de
l'Inconnu pour trouver du *nouveau!*

BAUDELAIRE, *Le voyage*.

Jalisco y la modernidad

La palabra *modernidad* es, valga la redundancia, típicamente moderna. Muchos afirman que sólo empezó a utilizarse por escrito a partir de 1848, con la edición póstuma de las *Memorias de ultratumba* de Chateaubriand, aunque diccionarios como el *Petit Robert* sitúan el origen del término veinticinco años antes. En el prólogo a *Cien libros clave del movimiento moderno*, Cyril Connolly asegura que fueron los hermanos Goncourt quienes “acuñaron la palabra *modernidad*” en 1858, pero admite que otro diccionario histórico, el de Littré, atribuye a Gautier la invención del término. En efecto, Gautier llegó a valerse del sustantivo en cuestión en sus colaboraciones para *Le Moniteur Universel*, pero lo hizo en la fecha más bien tardía de 1867. En realidad, Balzac lo empleó ya en su *Fisiología del matrimonio*, de 1829.

Nada, sin embargo, es menos moderno que la noción —o ilusión— de modernidad. Entre las polémicas intelectuales de la Europa renacentista y barroca, sin duda la más ilustre y característica es la llamada querella de los clásicos (o antiguos) contra los modernos. Querella, ésta, de larga vida: si Rimbaud, en la página final de *Una temporada en el infierno*, sentenció que “se debe ser absolutamente moderno”, fue porque la modernidad ya estaba tipificada entre las vocaciones de su tiempo, con lo que tomar partido por ella significaba, en realidad, tomarlo por cierta especie de tradición. En este sentido, la modernidad no debe comprenderse como lo contrario de la tradición, sino como una forma heterodoxa de tradición incompatible con el ejercicio de la mimesis clasicista.

Otro poeta francés, Baudelaire, estableció en “El pintor de la vida moderna” el concepto de modernidad vigente hasta nuestros días. La modernidad, “es lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente, la mitad del arte, del que la otra mitad es lo eterno e inmutable”. En palabras de

Henri Meschonnic (*Politique du rythme, politique du sujet*, Lagrasse: Verdier, 1995, p. 467.) “Baudelaire inventa una ética de la modernidad” al grado que, tras él, “poética y modernidad son una cosa y la misma”.

Tal acepción de *modernidad* en tanto ética y poética, conciencia e inspiración, rigor y apasionamiento, lucidez y violencia, es la que marca el rumbo de las corrientes artísticas de vanguardia que, a partir del modernismo hispanoamericano, el *modernisme* catalán y el *modernism* angloamericano –que, cabe recordarlo, no son sinónimos entre sí–, asociados con el *art nouveau* francés, el *Jugendstil* alemán y la *Wiener Sezession* austriaca, serán el caldo de cultivo de las vanguardias artísticas del primer tercio del siglo xx y predominarán luego en México en forma de planos arquitectónicos, proyectos urbanísticos, esbozos escultóricos, tendencias pictóricas, estilos literarios e incluso modas en el vestido, la cosmética y la decoración.

Los artículos agrupados en esta revista dan cuenta de dicho predominio en el caso particular de Jalisco. Marcela Sofía Anaya Wittman y Vicente Pérez Carabias analizan la convergencia (más que la influencia directa) de la Bauhaus y de la revista *L'esprit nouveau* entre los arquitectos jaliscienses de la primera mitad del siglo xx. Por su parte, Nicolás Sergio Ramos Núñez y Juan Carlos González Vidal describen y estudian las relaciones de significación recíproca entre los murales del Palacio Municipal de Guadalajara y el mural *Fundación de Guadalajara* de Gabriel Flores, ahí pintado. En la confluencia entre urbanismo y artes plásticas, Estrellita García recorre la historia de la escultura pública en Guadalajara y resalta en ella la obra y el ejemplo de Mathias Goeritz. En el campo de la pintura, Carmen V. Vidaurre analiza el trabajo de Roberto Montenegro y Arnulfo Eduardo Velasco hace lo propio con el de Carlos Orozco Romero.

Parece arriesgado en un principio, pero a la larga puede citarse de nuevo a Connolly para confirmar que, como el espíritu moderno en general, la modernidad en Jalisco “fue una mezcla de ciertas cualidades intelectuales heredadas de la Ilustración: lucidez, ironía, escepticismo, curiosidad intelectual, combinadas con la intensidad apasionada y la sensibilidad exaltada de los románticos, su rebelión y sentido de la experimentación técnica, su conciencia de que vivían en una época trágica”.

Luis Vicente de Aguinaga